

## Dos relatos de Arturo Uslar-Pietri

Arturo Uslar Pietri nació en Caracas, Venezuela, el 16 de mayo de 1906, y murió el 26 de febrero de 2001 a la edad de 94 años. Doctor en Ciencias Políticas en 1929, desempeñó el cargo de Ministro de Educación (1939-1941) durante el gobierno del Gral. Eleazar López Contreras, también fue Secretario de la Presidencia (1941-1943, 1944-1945) en el gobierno del Gral. Isaías Medina Angarita, Ministro de Hacienda (1943) y de Relaciones Exteriores (1945). Sufrió el destierro tras el golpe de Estado dado a Medina en 1945, volverá a Venezuela en los años cincuenta y aparecerá de nuevo en el escenario político en 1963 cuando fue candidato a la Presidencia de Venezuela.

Paralelamente a su actividad política, Uslar fue un prolífico escritor y periodista. Dirigió el diario *El Nacional* (1969-1974), allí escribió por décadas (desde 1946) su columna de opinión titulada *Pizarrón*. Mantuvo durante muchos años el programa televisivo *Valores Humanos*, espacio cultural de muy grata recordación por la mayoría de los venezolanos.

Numerosas son sus obras, citaremos tan sólo algunas para dar una idea de la labor narrativa de Uslar Pietri: *Barrabás y otros relatos* (1928), *Las lanzas coloradas* (1931), *El camino de El Dorado* (1947), *El laberinto de fortuna* (1964), *Oficio de difuntos* (1976), obra que presenta de manera magistral la figura del caudillo criollo; *Samuel Robinson* (1981), narra la vida de ese peculiar educador y viajero que fue Don Simón Rodríguez o Samuel Robinson. Novela que al decir del crítico Alexis Márquez Rodríguez es “sin duda la mejor novela de Uslar. Y aún: una de las más depuradas de la lengua castellana de los últimos años”. En 1991 apareció su novela *La visita en el tiempo*, con la que obtuvo el premio *Rómulo Gallegos* de ese año. *Golpe y Estado en Venezuela* (1992), es un escrito que trata de dar una idea clara de cómo y cuándo se origina la crisis que actualmente vive nuestro país.

Uslar Pietri fue miembro de las Academias de la Lengua, de Ciencias Políticas y Sociales y de la Historia. Entre los numerosos premios que recibió destacan el Premio Nacional de Literatura, en dos ocasiones; el “María Moors Cabot”, el “Cervantes” de Periodismo; el “Príncipe de Asturias” dado por la totalidad de su obra. En 1998, Arturo Uslar Pietri recibió el Premio Internacio-

nal Alfonso Reyes, conferido por México “en reconocimiento al valor de su obra intelectual, que lo sitúa entre los más notables de la literatura contemporánea”.

A Uslar le dolía Venezuela, y murió con ese profundo dolor en medio de una inmensa crisis nacional que mantiene a Venezuela viviendo constantemente en el borde de un precipicio.

Hoy, como un homenaje a quien en vida fuera el lúcido escritor que estamos presentando, la Revista *Araucaria* publica dos textos, “Barrabás”, de *Barrabás y otros relatos*, y “El Minotauro”, publicado por Monte Ávila en *De una a otra Venezuela*.

Sobre la historia de la tradición judeo-cristiana levanta Uslar el relato de *Barrabás*. Sin embargo, no es una narración común. En ella, aparece una profunda reflexión “político-axiológica”: *callar es un delito, pero decir la verdad es peor aún*. Barrabás es condenado, según el guardia, por callar. Sin embargo, cuando a Barrabás le perdonan la vida y condenan a Jesús, pregunta: “¿por qué lo condenan? ¿Cuál es su delito?”: *Decir la verdad*, responde el guardia. Terrible moraleja en la vida actual de nuestro país: decir la verdad es un delito peor que callarla. Por esa lección del cuento, escogimos “Barrabás” para la publicación. ¡Cuánta actualidad posee! ¡Cuán certero es el análisis planteado!

En cuanto al relato “El Minotauro”, monstruo que “nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural”, resulta de una angustiante vigencia en medio de la realidad trágica que vive Venezuela: Estado millonario y país paupérrimo, con una población que llega los 22 millones de habitantes y un porcentaje altísimo viviendo en pobreza extrema.

En el prólogo de la edición de Monte Ávila, el propio Uslar decía: “[El petróleo] llegó a parecerme un mítico Minotauro que podía devorarnos si no sabíamos convertirlo en buey de labranza. No creo que ya nadie hoy dude de que esas advertencias eran justas y oportunas”. Estas palabras fueron escritas en 1973, 25 años después de haber escrito ese artículo. Hoy, 28 años más tarde de esa publicación de Monte Ávila, encontramos que ciertamente el minotauro parecería devorarnos. Hablaba Uslar sobre la actitud de un nuevorrquismo nacional que impidió (impide) el verdadero crecimiento del país. Mostraba cómo la riqueza no trabajada podía convertirse en un terrible mal para la nación. Ahí queda la lección, y parecería que no la aprendemos. Ahí queda la invitación a construir el país, y parecería que más bien se destruye. Ahí queda...

Leamos de nuevo a Uslar, y discutamos sus ideas. Podemos estar o no de acuerdo con sus planteamientos, pero es innegable que su reflexión venezolanista marcó un hito en la producción literaria en lengua española.

---

*Barrabás*

Su linaje venía de Bethábara, en el país de los Gadarenos. Tenía las barbas negras y pobladas como una lluvia, bajo unos ojos ingenuos de animal, y entre los nombres innumerables el suyo era Barrabás. Conocía los libros sagrados, era caritativo y respetuoso, guardaba el sábado y sabía que Jehová era terrible y poseía una muchedumbre de manos y en la punta de cada dedo un castigo.

\* \* \*

Era el mediodía. Un viento perezoso se derramaba sobre el patio y desbordaba entre las rejas del calabozo. El aire estaba aplastado de un olor indefinible y molesto. Había allí gran cantidad de gentes hacinadas, ladrones, prostitutas, vagos, uno que otro perro de lanas lagañoso, y un soldado con armas que hacía la guardia caminando de un extremo a otro con rapidez, tal como si se propusiese dejar plegada una distancia muy larga. En una vuelta lo enfocó con los ojos; entre las barbas le resaltaba la piel pálida como el agua sobre las piedras. A la mirada siguió la interrogación.

—¿Yo? Barrabás...

—¿Barrabás?... ¡Ah! Sí. El asesino. ¿Sabes? Te van a matar.

—Sí. Ya lo sé —respondió con indiferencia por decir algo, callando para contemplarse con abstraimiento las uñas largas y sucias. El guardia continuó su paseo.

Al volver a pasar junto a él, continuando en su posición, le preguntó:

—Oye. ¿Cómo que dijiste algo de matarme? ¿Ah?

—Sí. Te crucificarán. Ya está dicho.

El otro siguió en su vuelta monótona y Barrabás tornó a meterse aquella mirada torpe en el hueco de las manos.

Pasado un rato volvió a llamar al guardia.

—Mira. ¿Sabes acaso a quién he matado?

—Sí. Al hijo de Jahel. Le diste de puñaladas.

—El hijo de Jahel... ¿Es todo?

—No. También apareces complicado en el motín.

—En el motín. . . ¡Ah! Bueno... Espera. Mira. No te vayas. ¿Sabes? Todo eso que has dicho es mentira, todo, todo. Pero ¿me matarán de todos modos? Claro. Me matarán. Pst... ¡Entonces...!

—Entonces ¿qué? Piensas acaso hacerte el inocente. Es inútil. Jahel lo ha dicho todo. Venías en la gran nube de gritos de los del motín y cuando los soldados los sorprendieron en la calle, tú, para salvarte, te entraste en la casa de ella por la ventana. Lo demás lo sabes mejor que yo.

Barrabás permaneció callado. Al cabo de un instante, como bajo el imperio de una idea súbita, dijo:

—Oye... Todo eso es mentira ¿sabes? No es necesario. Ya sucedió. Bueno. Pero te lo voy a contar para... ¿Tienes hijos? Bueno. Pues para eso. Para que un día se lo cuentes a ellos cuando no recuerdes nada mejor. No conozco a Jahel, ni conocí a su hijo, ni sé la cara que les modeló Jehová y esto es cierto como una vida.

Una noche, había tanta luna que parecía un día convaleciente, venía yo por las calles, caminando, como hacen los hombres cuando no tienen que hacer. ¡También los comerciantes! Cuando de pronto, siento desembocar en una esquina una turba de hombres con armas y gritos corriendo a todo correr. Venían sobre mí como un manicomio suelto. ¿Nunca te ha pasado eso, guardia?

—No mientas, era el motín y tu venías con él.

—No miento. Venían sobre mí. Además lo que uno cree, es como si efectivamente fuese, o quizá más. Te digo, pues, que venían sobre mí y yo me eché a huir. Corrían como cosas, no como hombres ¿sabes? No se fijaban en mí, ni gritaban mi nombre; entonces comprendí que si me alcanzaban habría de perecer bajo la

lluvia de sus pies. Había una ventana abierta y me tiré por ella como una piedra.

Di vuelta sobre un lecho y caí en un rincón. El que dormía se despertó dando voces de alarma.

Tú sabes, el que viene hace rato en la oscuridad ve; el que despierta no ve. Yo veía cómo desde otra cama se alzaba también una sombra y cómo las dos se enlazaron y lucharon furiosamente. Desde mi rincón yo comprendía que me buscaban a mí. Cayeron al suelo: una arriba, una debajo. Y la de abajo dio un solo grito se quedó callada. Desde mi rincón yo comprendía que la de abajo había ocupado mi lugar. Al grito vinieron las gentes y las luces y me encontraron a mí delante de una mujer desgredada y temblorosa y en medio de los dos un hombre con un cuchillo de través en el pecho.

Y la mujer comenzó a dar alaridos y a decir: «¡Mi hijo. Mi hijo mío! ¡Me lo mataron!»; mientras se restregaba sobre él besándole y manchándose de sangre.

Entre sus voces me veía con odio y exclamaba: “¡El asesino. Ahí está. Llévenselo. Me lo ha matado! ¡¡El asesino!!”, y todos me veían con los ojos vidriados de odio, pero, yo no comprendía.

Aquello era demasiado extraordinario y violento; empecé a sentir lástima por aquella mujer que había matado “su carne”, y pensaba en la inutilidad de aquellos gritos, porque la muerte es un viaje y al que se *va* no hay modo de detenerlo porque “se va *quedándose*”.

Cuando vine a saber de mí y a regresar de aquella gran sorpresa, me llevaban por la calle atado entre el odio de las gentes. Desde entonces estoy en la cárcel.

Barrabás calló, viéndose las uñas con su gesto habitual. El carcelero cortó el silencio.

—¿Por qué no dijiste eso a los jueces?

—No me lo preguntaron.

El murmullo de las conversaciones de todas las gentes amontonadas en el calabozo se hacía denso como un coro. El viento saca-

ba un ruido de agua de los árboles del patio. El carcelero había quedado en cuclillas delante del preso.

De pronto Barrabás tomándolo por un brazo le preguntó con ansiedad, casi con angustia:

—¡Oye! ¿A quiénes se crucifica?

—A los que han cometido un delito.

—¿Únicamente?

—Únicamente.

—A mí ¿me van a crucificar?

—Sí.

—¡No puede ser! ¿Qué delito he cometido?

El guardia quedó confuso no hallando respuesta. En lo áspero de su inteligencia comprendía que aquella pregunta encerraba algo trascendental. Con movimientos mecánicos comenzó a acariciarse la barba como un autómeta.

Repentinamente se le iluminó el rostro como si hubiese hecho un hallazgo.

—Barrabás. Has cometido un delito. Tu muerte está justificada. Es un delito grave.

—¿Estás loco? Cuál...

—Uno que hay que castigar muy duramente.

—¿Cuál?

—El delito de callar.

—¿Callar?

—Sí. Sabías la verdad y la enterraste dentro de tu boca.

El carcelero se levantó con aire satisfecho, era el hombre justificado, y continuó su paseo tedioso y lento, lento y abrumador, sin fijarse en la expresión abstraída del rostro del prisionero que declamaba como una letanía a media voz:

—¡El delito de callar...!

\* \* \*

—¿No estabas muerto? Parecía que de la voz de la mujer salía aquel tono violeta del cielo. ¿No te habían matado?

Y le corría las manos, como modelándolo, por todo el contorno de la figura.

—Barrabás, mi hombre, dime ¿es que me he muerto yo también y estoy viendo las sombras o es cierto que estás, en tu voz y en tu sangre, delante de mí?

El hombre tomándole la cabeza con las manos le respondió:

—Estoy metido en un gran asombro y no creo estar vivo porque así debe ser la confusión de la muerte. ¿Crees que vivo?

—Sí. Ahora siento la seguridad. ¿Por qué no habrías de estarlo? Vives y te veo.

—Tú lo dices. Debe ser así.

Pero Barrabás era ingenuo y alegre y ahora estaba triste; era dulce y despreocupado y estaba torvo; era indiferente y en el rostro se le inmovilizaba la obsesión.

—Mujer, ¿lo habías oído decir alguna vez? La verdad es un delito. Un delito horrendo. ¿Sabes?

—Estás delirando. ¿Qué te pasa?

Barrabás calló, dejándose posar la mirada sobre el borde de las uñas mugrientas y salvajes, como era su costumbre.

—Yo estaba preso, ¿sabes?

—Sí.

—Y me iban a crucificar.

—¡Jehová te ha salvado, mi hombre!

—¡No! Es falso. No me ha salvado Jehová. Me salvó un delito.

—¿Cuál? ¿El tuyo? Estás loco...

—No, el de otro. Pero cállate. No me interrumpas.

El hombre quedó en silencio un rato como ordenando sus ideas y luego prosiguió en su conversación con la lentitud de quien va sembrando.

—Me iban a crucificar. Pero, sabes, cuando llega la Pascua se acostumbra soltarle un preso al pueblo. El que él quiera. Escogen a dos para que el pueblo elija a uno de entre ellos. Yo fui uno de los llamados. Pero no tenía esperanza. Tenía sobre mí un gran crimen.

La mujer le interrumpió:

—Sí, habías muerto al hijo de Jahel.

—No, no era ése mi crimen. Mi crimen era otro. Otro que no comprendo: callar. Me lo dijo el carcelero. Me dijo también que era horrible y sin perdón. Callar. Esto parece absurdo ¿verdad? Pues no, no lo es. Esto es «diáfano», esto se explica; absurdo fue lo otro, inexplicable, como un sol a medianoche.

Y Barrabás quedó en silencio por un momento como si las palabras se le hubiesen despeñado en un abismo.

—Sabes, vino a buscarme el carcelero, el mismo con quien había hablado antes, y me llevó por los corredores vestido con el ruido de mis cadenas. En el camino me dijo:

—¿Tienes esperanza o no?

—Yo le respondí: No sé. ¿Sabes quién es el otro?

—Sí, me han dicho que se llama Jesús. Creo que es un maniático.

Delante del Pretorio se había derramado el pueblo, y el pueblo me veía, y veía al Gobernador; oloroso de flores, y al otro reo. El otro reo era un pobre hombre flaco, con aspecto humilde, y con unos grandes ojos que le cogían media cara.

El gobernador interrogó al pueblo: “¿Cuál de los dos queréis que os suelte?”, y yo sentía dentro de mí cómo se me desbocaba el corazón de angustia. Pero entonces empezaron todos a dar grandes voces: “A Barrabás. A Barrabás” como un mar que hablase.

Yo sentí emoción. Toda aquella gente me aclamaba y me conocía. Pero al volverme vi el rostro del otro prisionero que estaba



humillado como si los gritos lo apedreasen y empecé a sentir lástima, porque pensé que en el martirio aquel hombre sufriría más que yo.

Como el carcelero estaba a mi lado, pude decirle al oído:

—Este ¿es Jesús?

—Sí.

—Su crimen debe haber sido mucho más grande que el mío. ¿De qué se le acusa?

—Desprecia las leyes de César. Promete hacer cosas sobrenaturales. Es un gran vanidoso. Asegura que él sólo dice la verdad.

—¿Es eso un delito?

—Un gran delito.

El guardia no dijo más, pero dentro de mí, como un viento, se metió este asombro. No sé si he soñado, si estoy muerto, o si es mi sangre y mi voz la que te habla.

Igual que al través de una tiniebla vi al gobernador que se lavaba las manos en un jarro, como hacen los hombres después que han comido.

Me soltaron las cadenas, y caí entre aquella resaca de gentes como un madero.

Y ahora mujer, quiero que me digas. ¿Lo habías oído decir alguna vez? ¿Es que las palabras pueden echar puñados de confusión sobre la vida? ¿Habías oído alguna vez cosa semejante?

Sin esperar respuesta salió al camino que se hundía en los ojos de la mujer. El cielo estaba sembrado de violetas y Barrabás se destacaba en su fondo como un bloque de piedra desbastado a hachazos.

## *El minotauro*

La Grecia clásica supo dramatizar en fascinadores mitos los temas de su historia. Eran experiencia vivida incorporada en formas poéticas. Por eso, los más de ellos, siguen siendo temas del destino del hombre.

De una hora oscura y trágica surgió la ficción del minotauro. De una de esas horas en que el destino de la ciudad parecía perdido para siempre ante la fuerza enemiga. El mito cuenta la amenaza de esa fuerza sobrehumana y el triunfo final del griego. El héroe es el que acomete lo imposible para salvar la ciudad.

Los griegos contaban que Minos, el rey de Cnosos, recibió de Poseidón un toro divino sacado del mar, para sacrificarlo al dios. No cumplió Minos la promesa de sacrificar la hermosa bestia, y Poseidón, colérico, hizo que Pasifae, la reina, concibiera una pasión bestial. De los amores infrahumanos de Pasifae con el toro nació el minotauro. Un monstruo de cuerpo humano y cuello y cabeza de toro. Un monstruo espantable, devorador de vidas humanas. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural.

El minotauro fue encerrado en el laberinto fabuloso, y para alimentarlo Minos impuso a los atenienses el tributo periódico de siete mancebos y siete doncellas.

El cruento tributo duró hasta que vino el héroe. Teseo el hercúleo penetró en el laberinto. En el laberinto vive el minotauro. Supo Teseo entrar, vencer y salir. Por esa hazaña vive en un hermoso mito en la memoria de los hombres.

Yo no sé si dentro de unos siglos, la Venezuela que pueda sobrevivir a esta trágica prueba, dará los poetas necesarios para crear un nuevo mito con el recuerdo de su trágico presente. Porque la Venezuela de hoy tiene su minotauro histórico, el hecho cierto de trágica sustancia mítica. Lo que no tiene, y no parece que va a tener es ese Teseo del certero destino heroico. Tampoco bastaría un Teseo, sino una legión de Teseos, una legión teseica que se decidiera a emprender el grande e inaplazable combate de vida o muerte.

El minotauro de Venezuela es el petróleo. Monstruo sobrehumano, de ilimitado poder destructor, encerrado en el fondo de su laberinto inaccesible, que está devorando todos los días algo que es tanto como sangre humana: la sustancia vital de todo un pueblo. Es como si estuviera sorbiendo la sangre de la vida y dejando en su lugar una lujosa y transitoria apariencia hueca.

El petróleo se ha convertido en un minotauro, en un monstruo devorador, para Venezuela; por la culpa de los venezolanos. El monstruo que nace siempre de la violación del mandato divino y de la regla natural. Como el minotauro.

Hasta hace treinta años tuvimos un país pobre, que seguía un lento proceso de crecimiento. Un país de cultivadores y de guerrilleros, aislado del mundo, sin comunicaciones interiores, entregado a una lenta vida provincial y limitada. Pocos augurios había de un risueño porvenir. Pocos también de una trágica catástrofe que pudiera hacerlo desaparecer. El presupuesto nacional apenas pasaba de los cien millones de bolívares, se vivía de lo que se producía, las gentes adineradas andaban en coches de caballos producidos en el país, el hielo era un lujo desconocido, la leche se ordeñaba a las puertas de las casas, toda la importación no alcanzaba al centenar de millones, un alto empleado ganaba quinientos bolívares al mes.

Pero vino el petróleo, el toro regalado por el divino Poseidón. Y no quisimos cumplir la promesa. Incorporar el petróleo a nuestra vida y no nuestra vida al petróleo. Hacer de aquel regalo un incentivo para el desarrollo de la riqueza propia, y no abandonar la riqueza propia para gozar del regalo. Donde había una vaca, haber puesto dos. Donde había un erial, haber puesto una sementera. Donde había una vereda haber puesto un camino. Donde había un torrente, haber puesto un canal. Multiplicar los animales, los granos, las flores. Haber hecho al trabajo más productivo y más hermoso. Todo eso era la promesa. Convertir la riqueza transitoria del petróleo en riqueza permanente de la nación.

Era la promesa, pero la violamos. En lugar de hacer del petróleo el maravilloso apoyo para el más rápido y seguro desarrollo de la riqueza nacional, hicimos de él un monstruo. Un trágico mi-

notauro dentro de un laberinto inextricable. No nos ocupamos de crear riqueza propia, sino de disfrutar de la riqueza petrolera, convertir lo más rápidamente el petróleo en bolívares, para a su vez convertir aún más rápidamente esos bolívares petroleros en objeto de lujo, en disfrute y hasta en alimentos.

La producción venezolana no aumentó. Por el contrario, algunos renglones disminuyeron. Pero, en cambio, el presupuesto de la nación subió, hasta acercarse hoy a los dos mil millones por año. Veinte veces lo que era antes. Doscientas veces lo que era el presupuesto al separarse el país de la Gran Columbia. Las importaciones suben. Alcanzaban a cincuenta millones en 1906, llegan a trescientos millones en 1938, y hoy deben pasar de mil millones de bolívares por año. Importamos granos, importamos leche, importamos carne, importamos telas, importamos frutas, importamos huevos, importamos pan. Importamos casi todo lo que estamos necesitando para vivir. Lo único que ha aumentado en nuestra tierra son los bolívares petroleros y las importaciones. Los bolívares, como cada día son más, cada día compran menos. El minotauro ha provocado la inflación. Le ha sacado su sustancia al bolívar. Cada día vale menos. Se derrite en las manos. Es como si fuera una moneda de hielo que se vuelve agua. Los bolívares del minotauro son de hielo.

La producción venezolana no aumentó. Pero, en cambio, los costos de esa producción sí aumentaron. Todos los costos de nuestra producción están por sobre el nivel de los costos mundiales. La más alta calidad del más fino café de Colombia es más barato que nuestra pasilla. Nuestro maíz, nuestra azúcar, nuestro arroz, nuestra carne están muy por encima de los precios que se cotizan en los mercados mundiales. Esto significa que no podemos venderle nada a nadie, y que todo nos resulta



---

más barato importándolo. Más barato es traer el arroz del Ecuador, más barato es traer el maíz de la Argentina. No podemos exportar sino petróleo y abigarradas caravanas diplomáticas.

Si pudiéramos hacer abstracción del petróleo, nos encontraríamos que el país está más pobre de lo que era antes de que lo tuviéramos. Producimos menos. Son mayores los obstáculos para producir. Ha disminuido nuestra aptitud para producir riquezas. No sólo hemos adquirido los hábitos, sino hasta la mentalidad del parásito. Nadie es más pobre que un parásito. Nada tiene. Su porvenir pertenece al ser que lo nutre.

Mientras nuestra realidad se va depauperando, haciéndose cada vez más artificial y dependiente. Mientras todo se convierte en petróleo. Mientras todo no es sino petróleo con otras apariencias, la desproporción mortal sigue creciendo. Cada día, en términos de lo propio, estamos más pobres y más exhaustos, y el minotauro crece dentro de su laberinto. Se le siente el pujante aliento devorador. Crece, producirá más bolívares, provocará más importaciones, más inflación, más despilfarro, más desnivel, devorará más. No siete doncellas y siete mancebos. Sino la sustancia vital con la que una tierra puede sostener todas sus doncellas y todos sus mancebos.

Crece el minotauro. Hace pocos días los periódicos publicaron esta noticia: «La producción de petróleo de Venezuela durante el primer semestre de 1948 ha experimentado un aumento cercano al quince por ciento sobre la producción en igual período de 1947.»

Y mientras el minotauro crece, amenazante, nada estamos haciendo por luchar contra él y vencerlo. Por matar al monstruo devorador y poner en su sitio el manadero de una riqueza permanente y de una vida estable.

A la puerta del laberinto disputamos sobre teorías políticas, cantamos canciones, hacemos desfiles, invocamos grandes y huebras palabras. Pero allí está el minotauro devorando.

Nada estamos haciendo por enfrentarlo y vencerlo. Parecemos ignorar el destino. No hay ni señales de que vayamos a organizarnos en teseica legión para luchar por la salvación de lo que no es nada menos que la vida de nuestro pueblo.

A la hora en que deberíamos estar planeando la hazaña tescica, serenos, resignados, heroicos, andamos jugando a la política, pavoneando nuestro pequeño orgullo, atizando nuestros mezquinos odios.

Junto a esta gran cuestión de vida o muerte, todo lo demás no sólo debería ser secundario, sino pospuesto.

Los que vengan mañana, cuando la obra de destrucción esté consumada, no tendrán sino motivos para maldecirnos.